

EL VEINTIOCHO DE LA
CALLE DE PELAYO

¿QUÉ DIRÁN LOS DEL
PRINCIPAL DE SUS
VECINOS DE LA PLAN-
TA BAJA?

anconora

SAN FELIU DE GUIXOLS 20 DE SEPTIEMBRE DE 1951

Sintonia 

«La Vanguardia», en su edición del pasado domingo, dedicó a nuestra ciudad la amabilidad de estas líneas:

«San Feliu de Guixols es, en el itinerario que desde estas páginas hemos efectuado a lo largo del litoral gerundense, la primera población importante de la Costa Brava, importante no ya por sus encantos naturales, por su paisaje gracioso y entonado que tan bien corresponde a las impares características de la Costa Brava, sino por su categoría de ciudad industrial y productora».

Las reglas que rigen la circulación rodada por nuestras carreteras, forman parte de la considerable porción de leyes y preceptos que de manera permanente venimos conculcando sin el menor rubor ni pestaño.

Darse hoy una vuelta por cualquiera de nuestras rutas, resulta la cosa más pintoresca que uno puede imaginar por lo mucho que el suceso abarca de triste y lamentable. El

NUESTRO ENEMIGO EL ACCIDENTE



espectáculo, que lleva ya batidos los propios récords de la contumacia, es siempre el mismo. Carreteros soñolientos a bordo de unos carros que indefectiblemente transitan por su izquierda y que en naufragio de abandonos fueron lanzados a la deriva. Ciclistas enfilando su máquina sobre mano prohibida y que al oír el aviso del coche que les sigue, cambian de posición en el justo momento que el otro intenta alcanzarlos. Algún que otro perro vagabundo, o el que con dueño hace sus veces y se interpone en la carrera. La mole de un camión ocupando el centro de la ruta, con el chófer que blasona de puro sordo y que cuando, al fin, se digna dejar el paso libre, pone en su cara una mueca con todo el sarcasmo que el gamberrismo del volante prescribe.

Mucha literatura, sabrosa y conveniente, hemos visto escrita sobre el mal estado de muchas carreteras, como poca hemos leído sobre el mal endémico de circular por ellas, a tontas y a locas, como venimos haciendo. Da pánico pensar lo que ocurrirá en nuestras rutas el día que su firme nos permita una mayor velocidad, o el día en que poseamos un mayor número de vehículos. Por todo ello es fácil llegar a la conclusión de que la mayo-

ria de accidentes podrian ser evitados, si la vigilancia seguida de la contumacia, no brillara como brilla por su ausencia.

Y si de nuestras rutas pasamos a nuestras calles, el balance tampoco puede ser ni más exacto, ni más sombrío.

Desde estas páginas venimos clamando desde hace tiempo para que sean medidas en reglamento esa considerable porción de bicicletas que circulan como ciertos donjuanes en nuestras carreteras. Y pensar que nada pedimos como para causar el trastorno de exprimir la mollera, sino que simplemente nos contentamos con que la ley se cumpla a secas o sea sin aditamentos ni supresiones. Las bicicletas deben de noche ir provistas de luz y en su cola el cristal piloto para fijar su situación. Los carros deben igualmente transitar con luz visible y nada diremos de que todos deben respetar los discos de *circulación prohibida* que existen en ciertas calles, y de andar por la derecha cuando transitan por nuestra Rambla.

Todos los días un servicio regular discurre por cierta calle en contra de la dirección señalada. Y una de dos. O metemos a los contraventores en cintura, como sería lo más propio, o quitamos los discos y santas pascuas.

Equis

7 DIAS

El porrón taurino

Del mismo modo que las fronteras desaparecen con la aviación y con las guerras y que todos somos unos en el terreno internacional, he aquí que aquellas diferencias comarcales, regionales y caracterizadoras que subsistían en el interior de las naciones van desapareciendo. El otro día vi un porrón taurino en uno de los escaparates de esta, con permiso de alguien, capital de la Costa Brava. La cosa tiene su gracia. Sobre el barro del porrón, en la curva graciosa de su costado el aire solemne de una media verónica ponía el destello rojo de la Fiesta Brava.

Costa Brava... Fiesta Brava: ¡no está mal! Naturalmente, seguí observando lo que el escaparate ofrecía a mis curiosos ojos. Unas panderetas minúsculas, unas banderillas diminutas, unos pequeños sombreros cordobeses y calañeses... todo meridional, bravío, jacarando y olé.

A mi me gusta el duelo toro - torero, pero me sobra el ambiente, precisamente. Después de tragarme el monumental «Los Toros» de Cossio, ya tengo bastante para comprender el alcance dramático de la lidia, pero nunca podré digerir el declamatorio tono de la alegría de la fiesta. Para mi aquello no será una fiesta nunca, sino algo muy serio. Bueno, a lo que iba: el buen inglés que comprará el porrón, lo llevará orgulloso a su patria y lo exhibirá como algo muy típico. Sin embargo, aunque en San Feliu se usan porrones, no hay plaza de Toros, y aunque en Barcelona haya plaza de Toros no abundan los porrones. Son cosas que no deberían mezclarse. El gran respeto que siento por Andalucía la auténtica me obliga a decir noblemente que entre todos la desprestigiamos. Cualquier tipejo se cree con derecho a representar a la España de pandereta y así surgen por doquier espectáculos folklóricos aderezados con productos no bien definidos, pero con trasfondo de barretina. Cualquier día veremos debutar a los chavallitos flamencos de Torroella, pongo por caso.

Ese porrón con motivos taurinos no creo que pretenda otra cosa que la compra por parte de los extranjeros. De dos cosas que les han hecho gracia a los forasteros vamos a hacer una. No, amigos. Precisamente la propaganda de nuestras regiones, la mejor propaganda se haría ofreciendo en su más pura representación los productos y motivos artísticos de cada una de ellas. Cuadritos taurinos, bien. Porrones limpios de dibujos, bueno. Pero nada de mezcolanzas.

A no ser que el porrón de marras quisiera ser un símbolo de concordia entre las tierras de España a través del vino...

J. V. A.



El mundo y la ciudad en paralelo

por RODIN

¡Atención peatones!— El año 1950, fué un año récord para la industria automovilística mundial. El total producido fué de diez millones de vehículos, con más de dos millones de diferencia sobre el año anterior.

Consignamos la noticia en estas páginas, por cuanto sabemos que la misma guarda estrecha relación con nuestra Rambla Vidal.

Todo un plagio. — Cerca de Gela, en Sicilia, en unas excavaciones arqueológicas, se ha encontrado un piso de mosaico en el que puede verse a unas muchachas luciendo lo que hoy llamamos un «bikini».

¿Y quien no nos dice a nosotros que, bus-

cando bien la cosa, no halláramos unos «schorts» en el Fortim?

¡Ojalá nos la robaran!— En Hong Kong, la Great Northern Telegraph Company ofrece una recompensa de 800 dólares por toda información referente a los ladrones que le han robado, en el fondo del mar de China, cinco mil cuatrocientos metros de su cable telegráfico.

Puestos a robar comunicaciones, y visto su mal estado sería realmente fantástico que para expiar su pecado cometido en el mar de China, realizaran ahora la buena obra de robarnos la carretera de Tossa.

Aunque por su denominación actual nos parezca el gamberrismo una cosa muy moderna, los actos de incivilidad o incultura, con toda su rúcula de bajezas propias de la mala crianza, vienen ya existiendo desde los tiempos más remotos.

De siempre, en toda colectividad existió esa minoría de seres inadaptados a la vigencia de las normas aristocráticas que prescribe la ciudadanía. Y cada época, como es lógico y natural, procuró defenderse de esa epidemia con terapéuticas de distinto calibre, según el clima imperante en cada país, según el culto se rindiera a la libertad o al libertinaje.

Nosotros, los guixolenses, que de un tiempo a esta parte habíamos andado lo bastante, nos vemos de nuevo sorprendidos con la resurrección de ciertas actitudes que fueron radicalmente vencidas y totalmente superadas. Y con ello nos referimos a los, digamos chistosos y vociferantes, que han vuelto a aparecer en nuestras salas de espectáculos y muy especialmente en las sesiones de *entresmana*. Y, lo peor del caso, no son las voces en sí, sino la frialdad que vemos existe en corregir tales abusos, verdadera desgana que los mal educados luego interpretan como patente de tolerancia.

Nos permitimos, pues, llamar la atención sobre un hecho que abunda ya demasiado para entre todos disimular que no nos hemos enterado.

Pol